

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Fábula*, por don A. Campos y Carreras.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Euriqueta Lozano de Vilchez.—*Flor marchita*, soneto, por D. Julio Nombela.—*Las flores y su poesia*.—*Modas*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Esplicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—**LÁMINA:** un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

VIII.

MÉLIDA A MME. HONORIA.

Urrea de Jalon, julio de 18...

Cumplo, querida señora y amiga mia, con el mayor placer, el encargo que me hizo V. de que le escribiera apenas llegase á este pueblo; y lo cumplo con tanto mayor gusto, cuanto que no puedo escribir ahora á mi amada mamá que debe hallarse en camino para Barcelona, á donde la llaman su ardiente deseo por ver á mi hermana y el cuidado que la inspira su silencio.

Yo, amiga mia, seria aquí muy dichosa á no impedir el complemento de mi felicidad el estar lejos de las personas que me son mas amadas en la tierra: para distraer mi pensamiento de las aflictivas ideas que le asedian, no menos que para participar á V. mis impresiones; voy á contarle lo que he visto.

La casita de esta honrada familia es modesta, pero no carece de comodidades: la señora Marta, que á mis ojos es el tipo fiel de la esposa ejemplar, de la madre tierna y de la mujer cristiana, es el ángel bueno de esta familia: solo conocen aquí el dolor por la presencia de Va-

AÑO I. —NÚM. 19.

lentina, que no puede dominar la amargura que le causa el haber cambiado de posicion: mi querida señora, yo no sé qué decir ya á esta pobre muchacha para consolarla, ni aun para hacerla soportable la vida: tres dias ha que he llegado, y á pesar del cuidado en que estoy por la salud de Clara y por la ausencia de mi buena mamá, todo me parece alegre, bello, encantador: esta casita de yeso y ladrillo, en cuyo patio nacen el reseda y los tomillos, aposentándose en los rincones; y por cuyas agrietadas paredes corren las lagartijas: esta casita que lleva por delante un verde y florido huertecillo, y á la espalda un frondoso y fresco plantío de abetos y de tilos: esta casita risueña, con pequeñas ventanas entoldadas de blanca y humilde muselina y adornadas de macetas, me parece la mansion de la alegría, de la paz, de la felicidad, y... casi no me atrevo á decirlo... pero usted, amiga mia, comprenderá esta puerilidad: casi me parece que desearia que mi madre, en vez de ser la noble condesa de Campoverde, fuese una pobre aldeana como la señora Marta, para vivir yo á su lado en una casita como esta.

¡Qué hermoso está el campo durante las horas de la velada! Anoche no podia resolverme á irme á recoger: á la espalda del estenso corral hay una puertecita que da al plantío de los abetos y allí hizo sacar sillas la señora Marta para todos: éramos ella, su esposo, los dos hijos del alcalde, su hija María y yo. Valentina, que se habia quejado de dolor de cabeza, se habia ido á acostar.

Cantaba el ruiseñor en la espesura del bosque: la luna dejaba filtrar sus apacibles rayos por entre las ramas de los árboles y una fuente natural y que se transforma en arroyo á los pocos pasos de su nacimiento, murmuraba dulcemente: las ranas dejaban su monótona cancion, que tanto alegría á los niños y que, lo confieso, por fea que sea, trasmite á mi alma un dulce y apacible bienestar: el cielo estaba vestido con su mas hermoso manto azul y al-

MARID 24 DE MATO DE 1864.

guna estrella reia á largas distancias como para consolar á los que lloramos aquí abajo.

¡Oh, amiga mia! ¡Qué hermoso es el campo en las noches del estío! ¡Cuánto murmullo brota de la tierra como para bendecir á Dios! ¡Cómo canta al Supremo Hacedor un himno de alabanza toda la naturaleza! Yo no sé si es que mi salud, siempre delicada, separa mi afición del bullicio de las ciudades, de los placeres tumultuosos, de todo lo que es falso y mentiroso: no sé si mi alma dotada, segun V. dice, de una sensibilidad enfermiza, prefiere la soledad del campo al íncesante movimiento de Madrid; pero es lo cierto que delante de esta naturaleza grande y majestuosa, donde oigo en mi alma la voz de Dios, donde veo su mirada en las estrellas, su sonrisa en las flores, y siento el soplo divino de su aliento en la brisa que resbala sobre mi frente... ¡Oh, sí! es muy cierto que soy dichosa y que aquí quisiera vivir todo lo que me resta de existencia con mi madre y mi hermana.

En esto pensaba yo, cuando oí una voz algo ruda, que me dijo con acento conmovido:

—¡Qué hermosa noche! ¿verdad, señorita?

Me volví y ví á mi lado al hijo mayor del alcalde.

—Sí, le respondí; muy hermosa y aquí se está muy bien.

—¡Qué! exclamó con gran admiración: ¿no echa V. de menos á Madrid?

—No, señor; le contesté: solo echo de menos á mi madre y á mi hermana.

—¡Ojalá, repuso él con una candidez admirable, ojalá que así pensase Valentina! pero ella no quiere á sus padres, ni á nadie aquí... y sin embargo, todos la queremos y podía ser muy feliz!

—Ya cambiará de modo de pensar, repuse yo.

—¡Ah, no! no cambiará; aseguró él con acento triste y de profunda convicción: oiga usted, señorita, prosiguió con una ingenuidad dolorosa: ya ve V. que Valentina es muy bonita... mas bonita que V... y bien... yo la quiero... y la quiero aun... soy hijo del alcalde, y mi padre, aunque no es rico, está mejor acomodado que el suyo... yo llevo ya cuatro años de estudiar leyes en la Universidad de la capital y pronto será abogado... pues bien, hubiéramos hecho una excelente boda... y crea V. que hace veinte dias me hubiera casado con ella... pero hoy, ya no; me he convencido de que me aborrece... hallo en su cara algo que me da miedo, y es el desprecio que hácia todo lo que debía querer y estimar veo escrito en ella: en cambio, el mirar la de V., aunque no es hermosa, me consuela: los ojos azules de V. son tan dulces, nos habla V. con tan *buenos modos*, á nosotros, rústicos labradores, que siempre deseo verla y

oir! ¡A fé de Juan Bautista, que digo la verdad!

—Amigo mio, repuse yo, la urbanidad es un deber en la vida.

—Para V. no, opinó Juan Bautista.

—¿Por qué?

—¿No es V. hija de una marquesa? ¿de una gran señora rica? pues esas gentes, segun dicen, tienen *mas orgullo que D. Rodrigo en la horca!*

—Juan Bautista, mi madre, aunque es marquesa, no es orgullosa: tampoco es rica: desgracias imprevistas le han arrebatado una gran parte de su fortuna: por lo demás, cuando era rica, era tan buena, tan amable, tan afectuosa como hoy: en todas las clases hay de todo, y mi madre es un modelo en la suya, en la que, por otra parte, hay muchas señoras que se le parecen.

Juan Bautista calló: despues de un rato, dijo:

—Mi hermano Santiago se casará con María y será feliz: yo tambien podia haberlo sido: casados los dos que tanto nos queremos con las dos hermanas, ¡qué bien hubiéramos estado!

Volvió á guardar otro rato de silencio, y añadió:

—Y V., ¿con quién se casará?

Esta pregunta me aturdió; pero el mismo Juan Bautista se dió la respuesta, diciendo:

—Con algun gran señor rico! Esa será la intencion de la señora marquesa: pero déle usted gusto en todo, menos en semejante particular; yo sé lo que son los grandes señores, que algunos estudian en la Universidad por ser algo: pero yo no los quiero ni á tiro de cañon.

No me admiró esta sorda hostilidad del labriego hácia nuestra clase: tampoco pensé en combatirla, y respondí con sinceridad:

—Tal vez no me casaré nunca.

Juan Bautista quiso hablar: á la clara luz de la luna, ví brotar como una ráfaga de alegría de sus grandes ojos negros: su boca, de finos labios, se movió como para decir algo; pero no percibí ningun sonido.

Apoyó la mejilla en la palma de la mano, y volviéndose un poco á un lado, pareció buscar en la estension del camino algo que no veia: yo tenia entre los dedos una ramita de almendro en flor, y sintiendo fatigada mi cabeza con su penetrante aroma, me levanté para retirarme y la dejé caer.

—Hija, ¿te vas á acostar? me dijo la señora Marta que me trata tan maternalmente como á sus hijas.

—Sí, señora, dije, si V. y el señor Nicolás me dan licencia: me duele un poco la cabeza.

María se levantó corriendo, dejando á su novio, me tomó del brazo y me dijo:

—Ven, que te haré una tacita de té; yo lo hago muy bien, según dice madre.

—Id, hijas mías, añadió la señora Marta: ahora mismo voy yo también.

Habíamos andado cinco ó seis pasos, cuando advertí que me había olvidado del pañuelo, y volví á buscarle.

Al llegar al sitio que antes ocupaba, ví á Juan Bautista que recogía la ramita de almendro y la guardaba en el pecho.

¿Qué querrá decir esto, amiga mía?

Poco tardaré en volver á escribir á V.: adios por hoy, y V., que es tan buena, ruegue al cielo por mi madre y por mi hermana.

La abraza de todo corazón su apasionada,
MÉLIDA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

FÁBULA.

A tiernas palomas,

Cantar en su encierro.

Desde fuera oía

Un milano viejo.

Sagaz acercóse

Hasta un agujero;

Por él no era fácil

Que entrase su cuerpo.

Mas todo hecho almibar,

Su voz caramelo,

Dijo á una paloma

Con púdico acento:

—«Sal á tu ventana,

Sal á este agujero;

Te ofrece mi pico

Dulcísimos besos.»

La jóven paloma

Contestó:—«No puedo;

Voraz te apellidan.»

Y él dijo de nuevo:

—«Pues dame la mano.

¿Qué arriesgas con eso?

Es solo un instante...

Y amigos seremos.»

Ella descuidada

Por el agujero

Se asomó, y la mano

Le entregó riendo.

El milano entonces

La agarró contento,

Y ella grita:—«¡Suelta!»

Mas fué vano empeño.

¿Suelta? ¡Que si quieres!

De su dulce encierro

La robó el milano

Remontando el vuelo.

A las palomitas

Que ajenas al miedo

No quieren guardarse,

Mi fábula cuento.

A. CAMPOS Y CARRENAS.

EL LUCERO DE LA TARDE.

CAPÍTULO II.

(Continuacion).

Pero la desgracia que deshace los mas bien formados planes, vino también á destruir los de la pobre doña Inés.

Pablo recibió la noticia de la muerte de una anciana tia, única parienta que le quedaba, y que acababa de espirar nombrándole heredero de la considerable fortuna que poseía.

Esta nueva llenó de pesar á los jóvenes esposos, pues si bien es verdad que efectuaba un cambio favorable en la fortuna de Cisneros, exigía una separacion que ellos lamentaban como una suprema desgracia.

Fué necesario empero resignarse á ella, y Pablo marchó despues de las protestas mas tiermas y de los mas sinceros juramentos.

Doña Inés consoló á su hija á quien amaba mas cada dia, hablándole de la dicha que gozaria á la vuelta del jóven y cuando se hiciese pública su union.

Pero Dios habia dispuesto que aquella amorosa madre no presenciase la felicidad de Luisa, y un mes despues de la partida de Cisneros, murió repentinamente, llenando de dolor el alma de la jóven.

La pérdida de doña Inés puso á Luisa gravemente enferma; pero el amor de la pequeña Clara, la esperanza de ver á Pablo, y sobre todo su juventud, triunfaron de su mal, y la dieron valor para soportar su desgracia.

D. Alonso recibió la fatal nueva á muchas leguas de su hogar; pero comprendiendo que su presencia era necesaria en él, terminó sus asuntos, fué á Paris en busca de Julio, y ambos regresaron á su morada, de la que faltaba el principal objeto. Una madre sin igual y una esposa modelo.

Luisa no se atrevió á revelar á su padre su casamiento, hasta que ya Pablo de vuelta, pudiera presentarse por sí mismo, y una vez rico y asegurada su fortuna, venciera la repugnancia que hacia él habia manifestado D. Alonso.

Pero Cisneros encontró algunos obstáculos

para recoger su herencia y su venida se dilataba.

De este modo pasaron algunos meses, hasta que la jóven recibió una carta en que su esposo la anunciaba que ya deshechos los inconvenientes que le habian impedido tornar á su lado, emprendia aquel mismo dia su viaje, y que llegaria pocas horas despues que su carta.

Este era el papel que ella tenia en la mano cuando la hallamos en su gabinete y por lo que dijimos se encontraba en uno de los momentos mas felices que habia tenido en su vida.

CAPITULO III.

Trasladaremos ahora á nuestros lectores al cuarto de Julio, hermano de Luisa é hijo de don Alonso, del cual, aunque muy ligeramente, hemos hablado ya.

Julio era un jóven de 24 años, pues solo contaba dos mas que su hermana; su presencia era simpática y agraciada, y tenia la facilidad de espresar todos los sentimientos que dominaban su alma; su carácter poco enérgico y firme, le impedia siempre pensar y sentir por sí mismo, siendo por el contrario lo que sus amigos querian que fuese, pues se dejaba llevar de las impresiones que ellos le inspiraban.

Esto acaso consistia en que su padre, que adoraba en él, hallándose rico y considerado, habia cercado la vida de Julio de una escesiva ternura, satisfaciendo siempre sus caprichos, previniendo sus pensamientos, y no dejándole en fin nada que desear.

Con inmensas cantidades siempre á su disposicion durante sus viajes, habia encontrado donde quiera una turba de aduladores que le ofrecian su amistad, y se tomaban el trabajo de discurrir por él, en qué invertiria su tiempo, y su oro.

Habíanle inspirado una aficion á todos los placeres mas desenfrenados, y sobre todo al juego, ruina de tantas y tantas familias honradas, y abismo insondable donde han caido millones de fortunas, adquiridas con años enteros de laboriosidad y afanes.

Tanto y de tal modo se habia entregado á esta fatal pasion, que en los últimos meses de su permanencia fuera de la casa paterna, no solo habia gastado las considerables sumas que le facilitaba su padre, sino que habia contraido enormes deudas con despiadados usureros que no habian tenido inconveniente en abrirle sus arcas, confiados en el buen nombre de D. Alonso y en el inmenso crédito que gozaba su casa.

Sorprendido por la muerte de su madre en medio de tales desórdenes, habia abandonado á

París, aplazando el pago de sus deudas para algun tiempo despues.

Junto á su padre, al lado de su hermana, habia pasado algunas semanas en medio de una dulce y pura fraternidad; mas ya empezaba á fastidiarse de aquella vida pacífica é igual, cuando la llegada de Adrian de Mendoza, uno de sus mas íntimos amigos, vino á embellecer su soledad.

Era Adrian un hombre sin familia ni profesion alguna, que pasaba su existencia en los cafés, en casa de sus amigos y á veces en los mas repugnantes garitos.

Su única ocupacion, su solo deseo, era el juego, y, preciso es decirlo, la estafa tambien.

Por una de esas casualidades que la suerte proporciona, habia adquirido conocimiento con Julio, y al verle rico, confiado y poco pensador, se habia unido en París con él, y esta intimidad, bien lucrativa por cierto para Mendoza, era la que le habia traído á Estella.

Julio le presentó á su padre diciéndole que era uno de sus mejores amigos, y el buen anciano le recibió en su casa con alegría y con pruebas de la mas cordial franqueza. En ella pues, permaneció para recordar al jóven sus placeres de otro tiempo, y sus noches de orgia y disipacion, y para hacerle saber que sus acreedores se cansaban de esperar, é iban á tomar las mas apremiantes disposiciones.

Juntos, pues, les hallamos en el cuarto de Julio y vamos á trascribir su conversacion.

—De poco te apuras, chico, decia Adrian al hijo de Padilla, de poco te apuras, tú que aun cuentas con tantos recursos.

—¡Recursos! los he agotado todos, respondió aquel con aire abatido y desesperado.

—¡Bah!

—Te lo juro; y en verdad que no sé qué hacer. La severidad de mi padre me aterra.

—¿Has pedido ya dinero á su mayordomo?

—Cien veces.

—Pero ¿amenazándole? ¿rogándole? ¿agotando en fin todos los medios de hacerle ceder?

—Sí, todos; pero nada he conseguido. Es inflexible, y por otra parte, ¡me ha dado ya tanto!

—Y ¿no has procurado ver si el mismo señor de Padilla?...

—Calla; tú no conoces á mi padre; sobre todo cuando mi mayor temor es que llegue á saber mis extravíos.

—Tu desgracia querrás decir.

—Llámale como quieras. Pero es el caso que el dia que entienda que he contraido deudas, que he puesto mi firma y su nombre en poder de los usureros, no sé lo que hará.

—¿Qué ha de hacer? pagar y perdonarte despues.

—¡Oh! no, no; jamás llegará á saber... antes me haría saltar la tapa de los sesos.

—Pues entonces busquemos medios, estudiemos. ¿No tienes á quien pedir de nuevo?

—¿Aquí?...

—Sí, aquí tiene que ser; pues, ya lo ves, la carta del señor de Laurens dice que dentro de dos ó tres días procederá á escribir á tu padre, y recurrirá á las leyes si no has efectuado el pago.

—¡Oh!

—Forzoso es buscar recursos en este breve tiempo, si quieres evitar un escándalo.

—Existen aquí tan pocas personas que pudieran sacarme del compromiso.

—Busca entre ellas... Por ejemplo, ese señor Leopoldo Herrera, amigo de tu padre...

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

FLOR MARCHITA.

SONETO.

Ayer la arrebatada fantasía
Soñó con ella un mundo de ventura,
Y creyendo verdad tanta locura,
Hermoso el porvenir me sonreía.

Pasó el tiempo fugaz, y cuanto un día
Forjó con entusiasmo el alma pura,
Truécase al fin en honda desventura...
¡Quién tras tanto gozar, quién lo diría!

Mas las flores de hermosa primavera
Se marchitan al fuego del estío,
Y hallan su tumba bajo el triste hielo,

Así mi dulce amor, flor pasajera,
Se marchitó al calor del fuego mío,
Pero al morir halló por tumba el cielo.

JULIO NOMBELA.

LAS FLORES Y SU POESIA.

Nada mas natural en el mes de mayo que consagrar algunas líneas á las flores.

Es un homenaje á esas bellas hermanas de la mujer, que de seguro nos agradecerán nuestras lectoras.

Los antiguos rindieron culto á Flora porque allí acataban á una divinidad en donde veían una belleza, ó un misterio. Para Flora una primavera eterna, unos árboles en todas estaciones cubiertos de hojas, unos prados pérpé-

tuamente verdes y esmaltados, y una naturaleza siempre rica y siempre fértil. Sus campos eran jardines acariciados por el céfiro, y entre ellos corría mansamente un arroyo cristalino. Las flores formaban por sí mismas guirnaldas y diademas con que enlazaban los árboles y los arbustos y coronaban sus copas. La mitología tiene cosas admirables si las sabemos despojar de la idolatría. Uno de los mejores poetas romanos nos dice que Marte fué engendrado por una flor. En opinion de otro poeta las plantas y las flores tienen dos clases de ramas, unas sujetas al tacto, y otras invisibles, irradiaciones de los aromas, que forman en los aires otro ramaje caprichoso y ondulante, y penetran en nosotros y fecundan nuestros afectos y nuestros pensamientos. Una fragancia nos incita al sueño y al descanso, otra dispierta en el pecho el cariño, esta nos da vigor, y aquella enciende en el ánimo sentimientos generosos. Las flores tienen una actividad y una virtud asombrosas. La mejor miel se saca nó de las mas bellas sino de las mejores flores. Si las granjas están llenas, señal que los trigos florecieron en sazón; si en los lagares se exprime buen mosto, señal que los viñedos no sufrieron en los días de su florecencia. Pero hubo un tiempo, dicen las antiguas teogonías, en que Flora estuvo resentida porque los romanos la pusieron en olvido; entonces el olivo florecia, pero un viento cruel le devastaba: no bien iban á dorarse en los campos las espigas, cuando el granizo las destruía; apenas la vid daba esperanzas, cuando una neblina chupadora se tendía sobre ella y la consumía; y por mas risueño que apareciese otras veces el aspecto de la naturaleza, de repente un sol abrasador agostaba los sembrados, las yerbas y las flores. Entonces fué cuando el Senado romano, para tener propicia á aquella deidad, estableció la fiesta de Flora, ó los juegos florales. Principiaban á fines de abril y terminaban á principios de mayo, de suerte que allí en donde los dos meses se rozan, allí reinaba Flora. Las coronas que ceñían la frente de los jóvenes eran tejidas de flores; las mesas mas espléndidas desaparecían bajo una lluvia de rosas; y los himnos que se cantaban eran todos en honor de la que se mostraba propicia al desarrollo de la vitalidad en la tierra. La Flora de los griegos, lo mismo que la de los romanos, no calzó el coturno ni aspiró á dar graves enseñanzas: risueña y festiva, mas bien se inclinaba á la familiaridad y á la confianza que á la etiqueta, y derramaba en alegrías el pensamiento, en vez de ocuparle en cosas graves. Desgraciada la viuda ó la doncella que intentaba casarse al despedirse Flora: las bodas de mayo eran reputadas mortales, «y sus antorchas, dice Ovidio, se apagarán pronto.

Flora ha dejado huellas en las costumbres de los cristianos; ó por mejor decir estos la han despojado de su patrimonio, y se lo han hecho propio. Los mancebos y las doncellas plantaban árboles ó palos, en algun lugar público, los adornaban con cintas, frutas y flores, y se entregaban en torno al placer de la danza. Los ancianos no invitaban á los jóvenes á consinuar las labores del campo, seguros de que estos les responderian con el refran de *are quien aró, que ya mayo éntro*. En muchas partes se aprestaban festones, y se adornaban con ellos las puertas de los templos, las plazas y las calles. En otras poblaciones, los festones y las guirnaldas no los formaban con flores naturales, sino con versos, especie de flores del pensamiento. Plinio dice que las flores son la alegría de los arbustos que las llevan. Y hay quien, mucho mas antes que Plinio, dice que los versos serán el regocijo y la gloria de todas las edades. Casi no hay, dice Dryden, ninguna poesía en la que no se hable de alguna flor, lo mismo que apenas habrá una flor que no tenga su poesía. Los egipcios, para expresar que habian conquistado un país, pintaban sus flores. En la edad media, una doncella deja caer una rosa bañada en llanto, y da á entender á un caballero que está cautiva. Ninguna poesía ofrece imágenes mas bellas que las que nacen de los emblemas de las flores. Esas niñas que al darse principio al mes de mayo nos ofrecen una rosa y al mismo tiempo nos saludan con un verso, llevan en sí tres poesías, la de su inocencia, la de las flores y la de las musas.

Las flores y las plantas se enlazan admirablemente con la poesía. Presentadle á una doncella una anémona; es lo mismo que si le dijérais que la belleza es una cosa pasajera; ofrecedla un jazmin blanco, y equivale á decirle que es amable; dadla una rosa, y con solo esto, la decís que es linda; entregadla una fresa, y la pedís que se muestre bondadosa; una violeta segun el color la traducirá por candor ó por modestia, un lirio por majestad, un jacinto por benevolencia, una flor de naranjo por castidad, un tulipan por amor, un clavel amarillo por desden, una rama de sauce por melancolía, una de aloes por amargura, y una de eiprés por luto, desesperacion y muerte. Si á un magnate ambicioso le ofreceis una milenrama aquilea, al momento entenderá que va á apellidarse guerra; y si entonces presentais una rama de álamo blanco, será lo mismo que si dijérais que los pueblos están dando gemidos, imitando ya el murmullo de las aguas, ya los suspiros del viento. Por el contrario si deseamos simbolizar la clemencia, la concordia, la dulzura, las gracias, la alegría y la verdadera paz de las naciones, tomaremos por emblema el olivo. La imperato-

ria denotará el poder, el laurel ponzoñoso la perfidia, el polemonio, segun Plinio, el rompimiento, y la helenia el llanto de las poblaciones que suspiran por la tranquilidad ó por el aliso ó abedul de las peñas.

El dia que la poesía llegase á perderse renaceria entre flores. Aunque la eglantina sea con preferencia la flor de los poetas, ha de suponerse que en cada flor hay un lenguaje, un sentimiento ó una idea. Amor, gloria, ambicion, soledad; virtudes guerreras, prendas de un buen ciudadano, enardecimientos místicos; entusiasmos, iras, denuedos, audacias; juventud y ancianidad; virtudes tranquilas, la calma, la inocencia, la docilidad, la ternura: todo está representado por las flores. Solo que el cristianismo ha reformado las inclinaciones sensuales de los antiguos, y ha dado á la poesía de las flores, y á los juegos florales la inocencia, el pudor y la nobleza que no tuvieron en los tiempos de Augusto. Una leyenda antigua dice que Flora nació en las islas Afortunadas, y que Céforo la dió el imperio de las flores porque supo conservar su entereza en medio de sus regocijos. Esta leyenda la preferimos á la del autor de los Fastos y á la de los que nos pintan á aquella ninfa trasformada en bacante y recorriendo el circo y la calle de los patricios á la luz de las antorchas. Y casi nos inclinamos al sentir de los que creen que en la segunda se confunden los juegos de la cortesana Larencia con los inocentes de la primitiva Flora. En todo caso en los de aquella no hay poesía: y en los de esta se hallará el númen, que agita é inflama, y el verdadero estímulo al que llamamos estro.

MODAS.

Una representacion de Roberto el Diablo en Covent Garden y un paseo en Hyde-Park.

LÓNDRES 17 DE MAYO DE 1864.

Despues de la coqueteria, la suntuosidad; despues de la gracia ligera y frivola de las francesas, la hermosura grave y majestuosa de las mujeres de Inglaterra: despues de las carreras, de caballos del bosque de Bolonia, pasar un dia en la campiña de Lóndres, es el contraste que una vez sentido, no se olvida jamás.

En el libro de que me ocupo, titulado *Un paseo á París y Lóndres*, hallareis de qué modo he podido apreciar todo lo que de grande, hermoso y espléndido encierran estas dos capitales: ahora no haré mas que referiros algunos de los mas lindos caprichos de la moda.

Las damas de la aristocracia inglesa sobresalen en sus atavíos por la riqueza, ó mas bien por la magnificencia de todos los detalles de su adorno, al que va unido un gusto sencillo y, por decirlo así, *inglés*, pues es el mejor calificativo que se le puede dar por su carácter esclusivo.

Como presidiendo la magnífica cohorte de jóvenes de la aristocracia, se halla la hermosa princesa Alejandra, esposa del príncipe heredero y la que recibe con frecuencia en su palacio á las señoras y señoritas de la corte. La reina Vitoria, agobiada cada dia mas por el dolor de la muerte de su esposo, se halla retirada completamente de toda ceremonia, y solo hace tres días recibió á un reducido número de personas antes de marchar á su residencia de Escocia.

En la noche del 14 asistí á la representacion de *Roberto el Diablo*, una de las obras que han hecho inmortal el nombre de Meyerbeer: el teatro de Covent Garden es hermoso; mas para su descripcion mas detallada os remito al libro de que antes os hablé: por ahora os diré solo que es espacioso, si bien no me pareció tanto como nuestro Teatro Real, y que está espléndidamente iluminado.

Cuatro filas de palcos y tres de cómodos sillones en el anfiteatro se hallaban llenas de las mas bellas y elegantes mujeres que podais imaginar.

Antetodo, os diré que las inglesas no se peinan como las damas de Madrid, ni como las de París: llevan el cabello—con raras escepciones—suelto en largos tirabuzones que descienden hasta los hombros y media espalda: esto, que es muy opuesto á la limpieza de los vestidos, veo que no tiene inconveniente para ellas, por lo que me persuado de que habrán descubierto alguna agua ó composicion que limpie los trajes.

Vestian casi todas ellas de blanco: entre muchas otras colocadas en los palcos bajos, llamaba la atencion una que habia sido presentada aquel dia á la córte, condicion sin la cual una jóven de la nobleza inglesa no hace su entrada en el mundo: llevaba el mismo traje con que habia sido presentada á los príncipes de Gales: vestido blanco, de seda, adornado de blondas, aderezo de perlas y en la mano un ramillete de rosas blancas, jazmines y camelias: aquel ramillete debia haber costado diez libras: los cabellos los llevaba en gruesos rizos y entre estos enredada una sarta de magníficas perlas.

Las señoras casadas estaban ataviadas con gran magnificencia; pero, al contrario de lo que sucede en París, donde se busca que todo aparente mas de lo que realmente vale, aquí parece como que se trata de hacer sencilla y natural la riqueza: allí hay mucha farsa: aquí es todo positivo y verdadero.

He dicho que la mayor parte de los vestidos eran blancos: las señoritas llevaban en el pecho y entre los cabellos alguna flor: las señoras ninguna; pero los aderezos eran soberbios y se sigue aquí de un modo tan espléndido el precepto de la moda, que recomienda los antiguos, que al ver algunos podia asegurarse que habian presenciado la coronacion de la reina Ana.

Los encajes eran magníficos: en tanto que bajábamos del carruaje y se le despedía, ví apearse de los suyos á varias señoras, cubiertas con largas capas blancas, de una forma que solo he visto aquí, pues son muy largas y llevan en la espalda una capucha recogida por cordones rematados por borlas y que llegan casi hasta el borde de la capa.

Los trenes eran magníficos.

Algunas señoras jóvenes llevaban el cabello liso, recogido muy bajo en trenzas que partian de las sienas y se enroscaban detras con sencillez y gracia.

Muchas llevaban aderezos de azabache, lo que hacia muy gracioso efecto sobre sus trajes de crespon blanco. El azabache alcanza hoy, así en Lóndres como en París, un favor extraordinario: los aderezos se componen de una cadena con cruz, alfiler y pendientes que forman igualmente cruces mas pequeñas y brazaletes que armonicen.

Ví muchas crucecitas de perlas ó brillantes pendientes de cintas de terciopelo negro, que caian en largos cabos por la espalda.

En todos los entreactos recorrian los palcos, platea y anfiteatro muchos criados con bandejas de helados, que las señoras tomaban y que se pagan, pues son propiedad de una empresa particular que proporciona á subido precio este alivio para el calor.

El *Roberto* se puso en escena con un aparato incomparable y fueron muy aplaudidos la señora Lagrua en el papel de *Alice*, la señora Battu en el de *Isabel*, el tenor Nandin en el de protagonista, y el bajo Attrí en el de *Bertran* que desempeñó de un modo superior.

En Hyde-Park, paseo favorito de la elegancia, y al que asistí hace dos dias, he visto gran variedad de trajes: como novedad, os citaré los pañolones de granadina negra bordada, guardados todos por un volantito de glasé negro hecho á tablas: las blondas han desaparecido de esta clase de confecciones: se ven tambien chales de merino negro con este sencillo adorno.

Los paletós muy holgados han reemplazado á los que entallaban: en París á penas se vé uno que no sea completamente flojo, y en Lóndres se sigue el ejemplo, es decir, que lo que conociamos para *negligé* con el nombre de *americana* es la confeccion hoy de suprema elegancia.

Los vestidos mas de moda son de tafetan y

granadina: en las hechuras se vé algun postillon pequeño; muchos cuerpos de dos puntas y mas de talle redondo: lo mas elegante es hacer falda y gaban holgado de la misma tela.

Los sombreros están adornados con profusion de lacitos de cinta, que descenden en largos cabos por la espalda.

En breve os hablaré, lectoras mias, de otras novedades que voy apuntando para comunicaroslas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ESPLICACION

Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

Trajes de primavera.

Figura 1.^a Vestido de pelo de cabra á rayas Pekin; la falda está adornada por una blonda Chantilly, puesta casi sin fruncir: este adorno describe una especie de largas ondas; subiendo en la costura de cada paño hasta un poco mas arriba de la rodilla: esta blonda, que es estrecha, está unida á otra guarnicion pequeña de pasamanería, que termina en unos madroñitos.

Cuerpo con punta por delante y aldeta-frac por detrás.

Mangas casi ajustadas y adornadas en la costura de la sisa, en la costura del lado y en su parte inferior, del mismo modo que la falda y cuerpo.

Cuello de batista doble, guarnecido de encaje estrecho: mangas interiores con puños iguales. Corbata verde con las puntas bordadas en negro.

Sombrero de paja de Italia, adornado de yerbas verdes y oscuras, y plumas de pavo real: este sombrero lleva además un velito redondo de blonda negra, que se deja flotar por detrás ó á un lado.

Guantes de Suecia de color claro.

El traje que acabamos de describir, no puede ser mas sencillo y mas elegante para una señorita que se halle en el campo y en los baños; puede hacerse tambien con la falda lisa, pues en muchos se adorna el cuerpo solamente de un modo muy ligero.

La *parure* ó cuello y mangas interiores de nuestro grabado en batista doble, guarnecida de encaje, es hoy el género de suprema distincion para media *toilette*: la corbatita que pasa por debajo del cuello es tambien artículo que prescribe la moda para toda señora ó señorita verdaderamente elegante.

Para usar este lindo traje en Madrid, deberá sustituirse el sombrero redondo con otro cerra-

do de paja ó crespon, ya que desgraciadamente las señoras no quieren admitir este gracioso precepto de la moda cuando viven en la capital.

Figura 2.^a Traje de gasa de Chambéry, color de malva: la falda está adornada en su parte interior con una franja de felpilla fina del mismo color á la que sirve de cabeza un rizadito de glasé malva: otro rizado igual sube hasta el talle por cada costura de la falda.

Cuerpo que forma por delante puntas de chaleco y una sola por detrás: el pecho está abierto y todo el escote guarnecido por un adorno como el del bajo de la falda, pero mas en pequeño.

Mangas de codo, casi ajustadas, abiertas un poco por la parte inferior, redondeadas en la abertura y guarnecidas en esta y en la costura de la sisa, por una franja de felpilla y un rizado de glasé.

Camiseta de muselina Suiza á plieguecitos y guarnecida en el cuello por un encajito estrecho: mangas interiores terminadas por un encaje rizado correspondiente al de la camiseta, pero mas ancho.

Sombrero cerrado, cuya ala y bavolet son de crespon malva: el fondo flojo y plegado en gruesos pliegues, es de tul blanco: dentro y fuera del ala, violetas de Parma sin ningun follaje: bridas de seda malva.

Rotonda ó talma de tela de seda negra, fuerte, bordada en su derredor con seda negra y guarnecida de una ancha franja tambien de seda.

Guantes de Suecia, color de paja, y sombrilla verde cubierta de encaje negro.

Este precioso traje es, lo mismo que el anterior, mas propio de señorita que de señora casada, por su sencillez y frescura: sin embargo, el esquisito buen gusto que preside en él, le hace á propósito para una jóven, sea cualquiera su estado. Una señorita rubia, estará con él mas bonita que una morena; una casada de pocos años no podia elegir ninguno tan precioso para su paseo en la Fuente Castellana: en París, segun nos dice nuestra directora, hacen muchos iguales para los grandes conciertos Musard que tienen lugar en los Campos Elíseos en estas templadas noches, y en Lóndres flotan en los carruajes que corren por las tardes en las magnificas alamedas de Hide-Park.

No queráis, pues, ser menos las españolas y adoptadlo, seguras de que vuestra eleccion os hará parecer encantadoras.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.